
NOTA DEL EDITOR

La "Crónica de los fenómenos volcánicos y terremotos en el Ecuador" publicada en 1873, por el eximio geólogo Teodoro Wolf, es casi desconocida entre nosotros, pues habiendo sido la tirada muy escasa, al poco tiempo de haber visto la luz se agotó la edición, saliendo al extranjero la mayor parte de los ejemplares.

A pesar de la verdadera importancia de la obra bajo el punto de vista científico, nadie se ha preocupado de reproducirla. A los treinta años, un discípulo y admirador del sabio Wolf, emprende en esa gratísima tarea, como un tributo al recuerdo del Maestro y amigo.

Por otro lado, creemos hacer un verdadero servicio á la Ciencia en general, y en particular á los aficionados de esta clase de estudios, publicando en los "Anales de la Universidad" una nueva edición de obra tan importante.

Quito, Octubre de 1903.

AUGUSTO N. MARTINEZ.

CRÓNICA

de los fenómenos volcánicos y terremotos en el Ecuador, con algunas noticias sobre otros países de la América Central y Meridional, desde 1533 hasta 1797

POR

TEODORO WOLF

PROFESOR DE GEOLOGIA EN QUITO

[Nueva edición hecha bajo la inspección y cuidados del Sr. AUGUSTO N. MARTÍNEZ, discípulo del autor]

ADVERTENCIAS INTRODUCTORIAS



Como en los últimos tiempos se ha escrito mucho en Europa sobre la conexión de los terremotos y erupciones volcánicas con otros fenómenos físicos y aun astronómicos, y sobre el sincronismo y antagonismo de ellos, he creído que algunos materiales que pudieran servir para tales obras, de la América del Sur no serían del todo inútiles, sino bien aceptados. Al leer varios tratados, que tienen por argumento las correlaciones del volcanismo, me he convencido de que á las conclusiones y deducciones á veces muy atrevidas y trascendentales, comúnmente falta un fundamento sólido, es decir, que la crónica de los fenómenos muchas veces es muy inexacta y aun falsa, á lo menos respecto á los países no europeos.

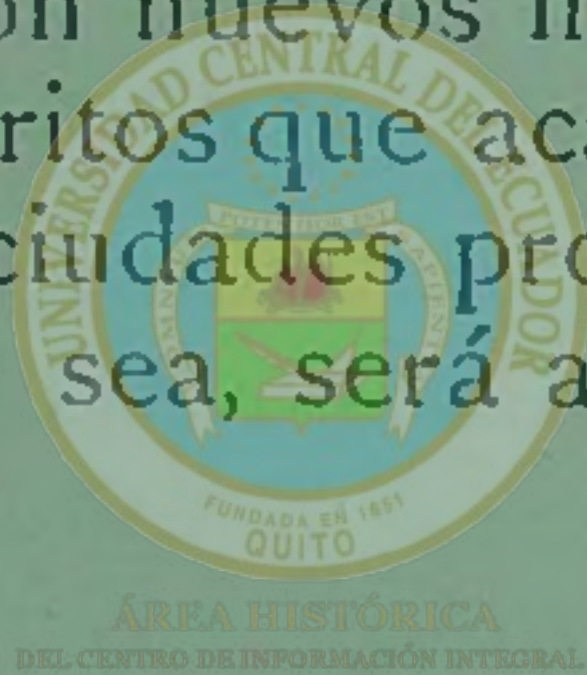
No podré referir muchos hechos nuevos, antes bien me veré precisado á tachar y negar algunos, que hasta ahora han sido comúnmente admitidos como indudables.

Mi intento principal es averiguar con la exactitud posible las fechas, investigar las fuentes primitivas, registrar á la luz de la crítica y comparar todos los datos existentes, salvando al propio tiempo los antiguos documentos manuscritos que comienzan á escasear y están en peligro de perderse.—Estos trabajos preliminares, penosos sí, pero del todo necesarios, faltan casi enteramente en los países sudamericanos; porque los registros de terremotos y fenómenos volcánicos, compilados en Europa sin crítica ninguna, de las obras de varios viajeros, no merecen el nombre de crónicas y abundan de ordinario en noticias falsas. Esta falta se explica fácilmente atendiendo á que tales trabajos si han de ser exactos no pueden ejecutarse sino en los países mismos en que se verifican los fenómenos y durante una demora prolongada, que permita hacer uso de las fuentes indígenas. En los viajes lijeros es imposible recoger materiales suficientes.



Al principio era mi intención tomar en consideración el Ecuador exclusivamente, y aun de esta República tan solo el país alto y volcánico;—porque acerca de las costas marítimas que frecuentemente han sido el teatro de temblores fuertes, faltan casi por completo noticias antiguas, así como sobre la extensa provincia del Oriente. Si después, sin embargo, he añadido sucesos volcánicos y terremotos de otros países de la América Central y Meridional, debo advertir expresamente que en la narración de los fenómenos que se refieren á esos países, no garantizo su exactitud, como en los que se refieren al Ecuador, lo que ya se indica por los caracteres de diferentes letras en el texto. Los países de que hablamos como de paso, son: Méjico, Centro-América; las costas setentrionales y occidentales de la América del Sur desde Venezuela hasta Chile, en una palabra los Andes y los lugares limítrofes desde Méjico hasta Chile. Pero se indican solamente los acontecimientos principales con la brevedad posible. Por lo que hace á estos sucesos en países ex-

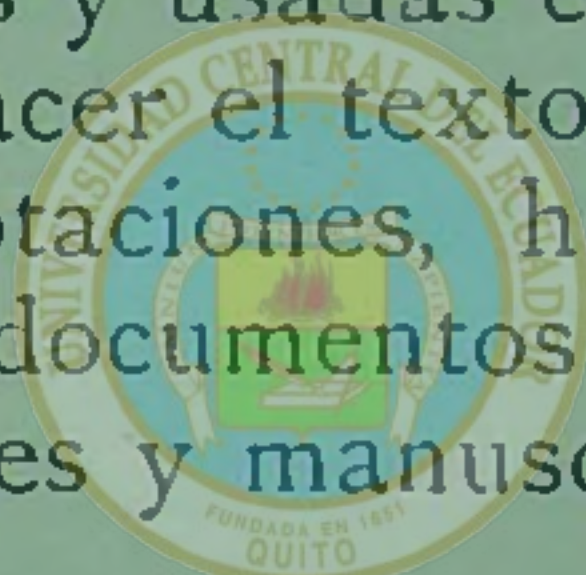
tranjeros, no me ha sido posible, sino raras veces, confirmar ó corregir los hechos y las fechas; por eso no dudo que muchos datos serán inexactos ó falsos; pues por lo común he debido contentarme con las relaciones de obras modernas, sin poder aprovecharme de las fuentes originales. Si esta narración sencilla de los hechos incitase á corregir y completar los escritos publicados sobre este asunto habría conseguido mi fin. Solamente *viribus unitis*, es decir, si se hallaran en otros países cooperadores resueltos á escribir la crónica de su distrito por un método semejante al que yo sigo para el Ecuador, sería posible llevar á cabo una obra de no menor interés que importancia, una crónica de los sucesos volcánicos y terremotos, que abrazara toda la América Central y Meridional.—Aun respecto al Ecuador alto, no considero mi trabajo sino como un primer ensayo, que necesariamente ha de ser muy imperfecto; razón por la cual ruego encarecidamente á todos los que se interesan en tales estudios que me ayuden con nuevos materiales, especialmente documentos manuscritos que acaso podrán encontrarse en los archivos de las ciudades provinciales. Cada noticia por pequeña que sea, será aceptada con agradecimiento.



III

La naturaleza de este trabajo exige la aplicación escrupulosa de las fuentes originales. En cuanto al Ecuador puedo decir, que he visto y comparado la mayor parte de las obras antiguas. Era de importancia especial registrar los antiguos archivos, en donde siempre se encuentran las mejores y más seguras fuentes. Los apuntes encontrados en ellos me han dado luz para decidirme en muchos casos en que no era posible hallar la verdad entre la confusión y las opiniones contradictorias de los antiguos historiadores. Es una fortuna que los archivos de Quito, á pesar de todas las revueltas políticas de este siglo, hayan quedado casi intactos.—De las obras modernas de Europa solo un número relativamente pequeño ha estado á mi disposición; sin embargo esta falta no

importa mucho en la crónica de los siglos pasados, en los cuales es preciso atender únicamente á las fuentes primitivas. Los escritores modernos casi todos se han servido de las obras de Humboldt, las cuales he tenido á mi disposición. La Historia y Crónica de A. v. Hoff me ha servido de auxiliar para reemplazar algunas obras francesas, por ejemplo, la Historia de los viajes.—La acumulación de las citas es inevitable, y tratándose del Ecuador, las considero como una cosa principal é indispensable; pero respecto á los fenómenos de los países extranjeros, las he reducido á un número muy corto, por varias razones indicadas en parte en la advertencia II. No tomo sobre mí la responsabilidad de la exactitud de las citas recibidas de segunda ó tercera mano, así como tampoco de la certidumbre de las fechas y de los hechos concernientes á dichos países.—Para poder abreviar las citas en el texto, pongo á continuación un breve catálogo de las obras principales y usadas con mayor frecuencia. Igualmente para no hacer el texto demasiado prolijo ni cargarlo con largas anotaciones, he preferido añadir un apéndice con algunos documentos interesantes sacados de antiguos historiadores y manuscritos.



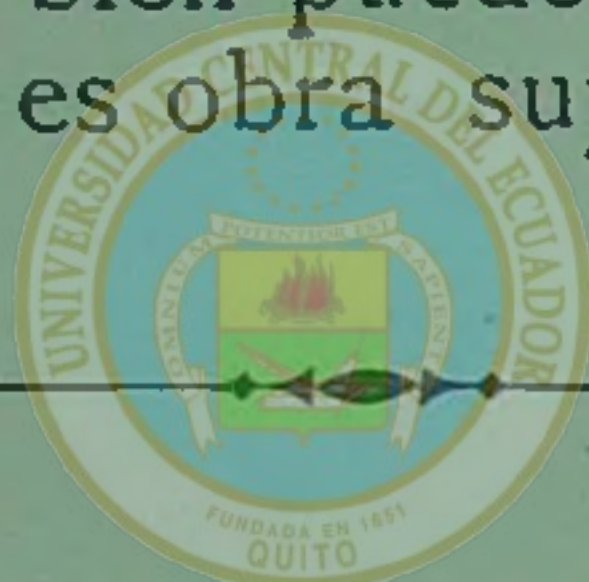
ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

IV

Aunque en esta crónica trato á la vez de los sucesos volcánicos y los terremotos, no por eso pretendo afirmar que todos los terremotos sean fenómenos volcánicos, ó que siempre estén en conexión con ellos. He seguido el método con que se tratan generalmente semejantes temas, que no es á la verdad reprobable; porque precisamente de esta manera se facilitan las comparaciones, que finalmente han de decidir la cuestión todavía no resuelta, de si los terremotos son en efecto fenómenos volcánicos, ó del todo independientes del volcanismo. En general, me esforzaré en dejar á parte, en cuanto sea posible las opiniones personales, y examinaré con imparcialidad el valor histórico de las noticias sobre los sucesos. Por esto me abstendré enteramente de hacer deducciones generales ó de establecer hipótesis sobre la correlación de

los terremotos y de las erupciones, sobre el periodismo de ambos fenómenos etc., dejando este campo á otros. Las opiniones é hipótesis cambian frecuentemente, los hechos permanecen siempre los mismos. Al recoger estos últimos, solamente he pretendido ofrecer un material útil para todos los tiempos venideros. Espero pues que este librito, aun cuando pertenezca por el asunto de que trata á los antiguos, no caerá en olvido, ni podrá llamarse anticuado.

La gratitud me obliga á manifestar al público mi agradecimiento mas sincero hácia todos los amigos que me han ayudado en este trabajo. Con particular sentimiento de gratitud debo nombrar al Señor Doctor Pablo Herrera, el cual me ha prestado continuamente un auxilio muy eficaz con sus vastos conocimientos de la historia antigua del país, ha puesto en mis manos muchos manuscritos antiguos, y en fin ha recogido tantos y tan preciosos materiales que bien puedo afirmar que una gran parte de esta crónica es obra suya.



CATALOGO

de las obras principales que han servido de fuentes para esta Crónica.

NOTA.—Se indican aquí solamente las obras usadas, que dan noticias sobre los sucesos volcánicos y terremotos en el Ecuador, y se omiten las que se refieren á otros países de la América del Sur; estas últimas serán citadas en el texto mismo de la Crónica. Además de esto, para abreviar este catálogo, no se enumeran las muchas obras, tratados y periódicos científicos modernos, que nada de nuevo añaden á la historia antigua, y comúnmente solo contienen datos tomados sin crítica alguna de las obras de Humboldt ó de Hoff.

G. F. de Oviedo y Valdés, Historia general y natural de las Indias, 4 tom. Madrid 1851-55. El autor acabó su manuscrito en el año de 1548; pero una parte de esta historia ya se había publicado en 1535.

Fr. López de Gomara, Historia general de las Indias. Madrid 1852.—Edic. 1ª Zaragoza 1552.

Pedro de Cieza de León, La Crónica del Perú. Madrid 1853.—Edic. 1ª Sevilla 1553.

Agustín de Zárate, Historia del descubrimiento y conquista del Perú, etc. Madrid 1853.—Edic. 1ª Amberes 1555.

En las citas de Gomara, Cieza de León y Zárate nos hemos servido de la última edición hermosa y exacta que se hizo en Madrid 1852-53, en la "Biblioteca de autores españoles." Dos tomos de esta "Biblioteca" contienen los "Historiadores primitivos de Indias."

Garcilaso de la Vega, Historia general del Perú. (Comentarios reales, etc.) Edic. 2ª Madrid 1722.—El Inca Garcilaso de la Vega acabó su obra cerca del año 1575; pero la primera edición salió á luz muy tarde en Sevilla 1609.

Antonio de Herrera, Historia general de los hechos de los Castellanos en las islas y tierra firme, etc. Madrid 1728.—Edic. 1ª Madrid 1610.—Para nuestro objeto sirve sobre todo la Década V.

Manuel Rodríguez, S. J. El Marañón y Amazonas. Madrid 1684.

Fr. Sacchini, S. J. Historiae Societatis Jesu. Romae 1649-1661.

Litterae annuae Soc. Jesu. Muchos tomos desde el año 1581-1614. La obra existente en la Biblioteca Nacional de Quito está muy incompleta, y desde 1614 faltan todos los tomos siguientes.

J. Morán de Butrón, Vida de la B. Mariana de Jesús, etc. Madrid 1856.—Escrita en 1694.

Thomás de Jijón, Compendio hist. de la prod. vida de la B. Mariana de Jesús Flores y Paredes. Madrid 1754.

M. de la Condamine, Journal du voyage fait par ordre du roi a l'Equateur. Paris 1751.

Jorge Juan y Ant. de Ulloa, Relación histórica de un viaje á la América meridional, 5 tom. Madrid 1748.

D. Antonio de Alcedo, Diccionario geográfico-histórico de las Indias occidentales, etc. 5 tom. Madrid 1786-89.

Juan de Velasco, Historia del reino de Quito, 3 tom. Quito 1841-44. Las citas en nuestra Crónica se refieren á esta última edición. Por lo demás nos ha sido dado servirnos del manuscrito mismo de Velasco, que existe íntegro en la biblioteca de los Padres Jesuitas de Quito. Contiene algunos apéndices que no han sido publicados, además dos mapas geográficos dibujados por Velasco, uno de las provincias de Quito propio, y otro de las provincias de Popayán.

A. de Humboldt. Viaje á las regiones equinocciales, 5 tom. Paris 1826.

A. v. Humboldt, Kosmos 5 tom. Stuttgart 1845-62.

A. v. Humboldt, Ansichten der Natur, 2 tom. ed. 3^a Stuttgart 1849.

A. v. Humboldt, Kleinere Schriften. Stuttgart 1853.

A. v. Hoff, Geschichte der natürlichen Veränderungen der Erdoberfläche, 3 tom. Gotha 1822-34.

A. v. Hoff, Chronik der Erdbeben und Vulcan-Ausbrüche. 2 tom. Gotha 1840-41.

Boussingault, Viajes científicos á los Andes ecuatoriales. Trad. por J. Acosta. Paris 1849.

M. Villavicencio, Geografía de la República del Ecuador. New-York 1858.

Prescott, History of the Conquest of Peru, 2 tom. Boston 1859.

Pablo Herrera, Ensayo sobre la historia de la literatura ecuatoriana. Quito 1860.

Sebastián Lorente, Historia de la conquista del Perú. Lima 1861.

J. Manuel Groot, Historia eclesiástica y civil de Nueva Granada, 3 tom. Bogotá 1869-71.

M. Wagner, Naturwissenschaftliche Reisen im trop. América. Stuttgart 1870.

P. Fermín Cevallos, Resumen de la historia del Ecuador. 5 tom. Lima 1870.

Muchos manuscritos de los archivos de la Presidencia, de la Municipalidad y de la Corte Suprema de Quito; y sobre todo el antiguo libro del Cabildo en muchos volúmenes, y varios tomos de Cédulas reales.

El Cedulaario del archivo de Latacunga.

Un libro manuscrito (llamado libro colorado) de Ambato.

Manuscritos del archivo del Colegio de la Compañía y de algunos conventos de Quito.

Un antiguo libro parroquial de Toacaso, que da noticias sobre el Cotopaxi.

Algunos manuscritos que están en la manos de particulares.



Muy escasas son las noticias existentes de las erupciones volcánicas acaecidas en el Ecuador antes de la conquista del Perú por los Españoles, y aun esas pocas no las tomamos en cuenta en esta Crónica, por no tener fundamento sólido, lo que los Indios contaron acerca de esta materia á los primeros conquistadores, ó lo que conservan todavía como tradición. Aun dado el caso que pudiésemos averiguar los hechos como ciertos, nos faltaría sinembargo el punto fijo de partida para investigar las fechas de aquellos tiempos remotos, las cuales son á pesar de eso el fundamento principal sobre que estriba la crónica, como quiera que sin el conocimiento de los tiempos, los sucesos pierden en gran parte su valor científico. La crónica no investiga, si en tiempos anteriores aconte-

cieron erupciones volcánicas y terremotos—para afirmar eso, no necesitamos ni la historia ni la tradición, la geología lo enseña suficientemente,—sino *cuando* sucedieron. Ahora bien, en esta cuestión nos abandonan la historia, la tradición y la geología, y tratándose de una antigüedad de más de 350 años, no nos es dado fijar fecha alguna.

Considerando la estructura geológica de las regiones altas del Ecuador, podemos afirmar que los acontecimientos volcánicos en los tiempos históricos, por terribles que nos parezcan, son solamente los restos débiles de los que tuvieron lugar en épocas más remotas y más agitadas. Las altas montañas de lava andesítica, las masas fabulosas de materiales lanzados de los volcanes, como escorias, rapilli, piedras pómez, cenizas volcánicas, etc. que cubren el suelo del Ecuador, son el resultado de erupciones colosales y muy repetidas.—De muchos de nuestros grandes volcanes, como por ejemplo del Cayambi, Cotacachi, Corazón, Ilinisa, Chimborazo, etc., no tenemos tradición alguna de erupciones, y sin embargo no cabe la menor duda de que se han formado en el transcurso de los siglos pasados de la misma manera y por las mismas fuerzas que los volcanes activos.—En pocos países del mundo las masas eruptivas habrán llegado á un desarrollo tan asombroso como en el Ecuador: ahora bien, las primeras obras de los hombres en este país, las ruinas más antiguas de los edificios de los Incas se hallan encima de estos escombros volcánicos y se han edificado en parte con ellos mismos, de manera que podemos suponer fundadamente que ningún hombre ha sido testigo de las erupciones principales. Las tobas volcánicas de gran potencia en los valles de Tumbaco y Chillo, las de la provincia de Imbabura, las de la altiplanicie de Riobamba y al pie del Chimborazo, permiten una determinación geológica del tiempo de su formación, pues encierran los huesos fósiles de varios animales. Según estos, las dichas tobas volcánicas pertenecen al período cuaternario, durante el cual las altiplanicies de este país fueron todavía habitadas por mamíferos ahora extinguidos. Los restos más frecuentes provienen del Mastodonte, de

un caballo muy singular, de un venado gigantesco y otro más pequeño, y de un gran armadillo (*).

Son pues, como ya he dicho, las erupciones principales en el Ecuador mucho más antiguas que el género humano en América ó á lo menos en este país, y en los tiempos de los Caras, Quitus, é Incas los sucesos volcánicos y terremotos probablemente no fueron más frecuentes que después de la Conquista.

En varios libros modernos se encuentra "una tradición de los Indios" sobre el hundimiento del *Altar*, al que antiguamente llamaron Collanes y también Capac-Urcu (rey de las montañas). A. v. Humboldt (Kosmos IV. 284) afirma que entre los indígenas de la provincia de Riobamba se ha conservado la tradición *general* de que 14 años antes de la invasión de Huayna-Capac, del hijo de Tupac-Yupanqui (es decir cerca del año 1461) la cumbre del Altar se había hundido á consecuencia de unas erupciones setenales. Actualmente no existe tal tradición entre los Indios de Riobamba, por lo menos no con los pormenores indicados por Humboldt, si bien conservan una idea vaga de la antigua grandeza del Capac-Urcu, la cual se funda tal vez en el nombre ó en la figura exterior de aquel volcán extinguido. Ninguno de los escritores antiguos, ni el Padre Velasco tan familiarizado con las tradiciones de los Indios, hace mención de aquel acontecimiento; y parece que aquí Humboldt confió con demasiada credulidad en las palabras de un solo individuo, del Indio Zefla en Riobamba. (Véase toda la historia en M. Wagner, *Reisen im trop. América*, pág. 486). Los autores modernos que hablan de esta tradición, la tomaron de Humboldt; igualmente lo que refiere Villavicencio en su *Geografía de la Rep. del Ecuador*, pág. 50, está sacado de la misma fuente, de manera que Humboldt mismo es el autor de aquella tradición bastante moderna.

De otra erupción haré todavía mención aquí entre las tradiciones vagas, á pesar de que Velasco y otros que

(*) Excepto el Mastodonte las demás especies son nuevas y las describiré más tarde detalladamente en otro lugar.

la dieron cabida en sus escritos, la refieren como un hecho cierto é histórico. Se dice que el 15 de Noviembre del año 1532 el Cotopaxi hizo su primera erupción. Los Incas conservaron por tradición una profecía antigua del Viracocha, Inca VIII del Perú, según la cual su reino había de pasar á una nación extranjera. La profecía describe á los Conquistadores como hombres barbudos con un traje extraño, y para no olvidarse jamás de la ruina amenazadora, se hizo una estatua según la descripción del profeta, la cual recibió también el mismo nombre de Viracocha. Así que la profecía quedó tan fresca en la memoria de los Indios, que Atahualpa, según se dice, viendo á los primeros Europeos, los saludó desde luego con el nombre de Viracochas y recordó á los circunstantes el vaticinio predicho. (Velasco, hist. del reino de Quito I. 9). La época designada para el cumplimiento de la profecía por Viracocha, fué la de la erupción del Cotopaxi; y en efecto esta se dice que se verificó el 15 de Noviembre de 1532, víspera de la prisión de Atahualpa. Sea lo que quiera de aquella profecía, muchos de los antiguos escritores [por ej. Garcilaso de la Vega, Niza, Gomara, etc.] la mencionan [*], pero no dicen nada de la erupción del Cotopaxi. Pedro de Cieza de León, en la Crónica del Perú [Sevilla 1553] cap. 41, dice tan solo que el Cotopaxi "*antiguamente*" había lanzado muchas piedras y cenizas y causado muchos estragos en sus alrededores, y que á esta erupción, según algunos, habían precedido "visiones infernales y algunas voces temerosas." A. de Herrera [Dic. V. lib. V. c. I], pone la profecía sobredicha en el tiempo que precedió inmediatamente á la Conquista y la atribuye á un Oráculo, pero halla su cumplimiento no en el año de 1532 sino en el de 1553 [debe ser el de 1534], cuando los Españoles ya estaban en Riobamba y avanzaban hácia la capital de Quito [**]. Esta erupción de que habla Herrera y que según Velasco es

[*] Hasta hoy día todos los Europeos entre los salvajes del Napo y de otras regiones de la provincia oriental se llaman Viracochas.

[**] Véase el Apéndice N° 5.

la segunda, nos ocupará después.—Como se ve, la erupción de 1532 es por lo menos muy dudosa y no podemos contarla entre las históricas. Ningún Europeo fué testigo de ella; pues estos todavía no habían llegado al Ecuador, estando ocupados [entonces en Cajamarca con la prisión de Atahualpa. Por la misma razón son también inciertas las demás cosas que Velasco refiere sobre el Cotopaxi, por ejemplo, que en esta primera erupción había arrojado su cúspide y que antes había sido más alto que el mismo Chimborazo.

1533—1550

De los primeros decenios después de la Conquista ya tenemos algunas noticias históricas sobre erupciones volcánicas y terremotos, pero las fechas que se señalan, difieren tanto entre sí, que es muy difícil hallar la verdadera y hasta llegan á hacer dudosos algunos hechos. Por eso en lugar de ordenar desde el principio los acaecimientos cronológicamente, es indispensable dilucidar antes críticamente las relaciones históricas que existen. Estos sucesos primordiales son la primera erupción del Pichincha, la del Cotopaxi, la lluvia de ceniza al lado occidental de los Andes y el terremoto en la tierra de los Quijos.

En Agosto de 1533, poco tiempo antes del suplicio de Atahualpa [29 de Agosto], se observó en Cajamarca un fenómeno raro de fuego en el cielo. Velasco le pone quince días antes de la muerte del Inca, el 14 de Agosto, hácia el Norte [Vel. II. 103], pero Oviedo que sigue á Xerez, le coloca 20 días antes y en la dirección del Cuzco y por lo tanto hácia el Sur. [Oviedo IV. 204]. El fenómeno fué para los Españoles muy extraordinario y desconocido. El mismo Atahualpa fué sacado de la cárcel para observarlo, y se dice que lo interpretó como pronóstico de su muerte vecina.—En un principio creí que el fenómeno tal vez habría provenido de la erupción de algún volcán lejano; pero observando después que Cajamarca está muy distante de todo volcán activo, sobre to-

do si el fenómeno se verificó en efecto en la dirección austral, lo que me parece más probable, he creído más fundada la opinión de Garcilaso de la Vega, que cree que fué un cometa. [Com. real. p. II. l. I. c. 34]. Xerez testigo ocular dice que vió el fenómeno hácia el Cuzco y asegura que era "como cometa de fuego, que duró mucha parte de la noche."

No hay acontecimiento en que los escritores varíen tanto, como sobre la primera erupción del *Pichincha*. Ante todo hemos de advertir que ninguno de los antiguos historiadores de la Conquista habla expresamente de erupción alguna de este volcán, durante el cuarto ó quinto decenio del siglo XVI. La erupción más antigua la encuentro indicada en el año de 1566 en A. de Herrera, (Dec. V, l. X. c. 10). A. de Humboldt en sus "Kleinere Schriften" coloca la primera erupción del Pichincha en un lugar en el año de 1533 (pág. 23), en otro en el de 1534 [pág. 50]. "1533" será tal vez un error tipográfico, pues aquel autor pone esta erupción en relación con la lluvia de ceniza en 1534, como veremos después. La cita de ambos años falta en el Kosmos [IV. 286], en donde hace también una enumeración de las erupciones del Pichincha. Humboldt es el primero que atribuye al Pichincha una erupción tan antigua, y de él han tomado la cita muchos escritores modernos. Pero su afirmación no tiene otro fundamento que la *conjetura*, de que la lluvia de ceniza, que sobrevino al Conquistador Pedro de Alvarado en los bosques entre el Océano pacífico y la Cordillera accidental, debió provenir del Pichincha. Mas tarde haré ver lo insostenible de esta argumentación.—Alcedo [Dicc. IV, 204] afirma que la primera erupción del Pichincha sucedió en 1535, pero sin indicar ninguna razón ni autoridad en qué apoyar su aserción. Condamine [Journal du Voyage, etc. 147] la coloca en el año de 1538, en esto le sigue Hoff [Gesch. II. 495 y Chron. I. 253]. No sé cómo Condamine pudo cometer este error, que tal nombre merece su relación; tal vez se dejó llevar de la misma idea que Velasco, el cual deriva el terremoto de Canelos de una erupción del Pichincha y pone ambos sucesos en el año de 1539 [Vel. I. 9, II. 156, III. 64]. El

que este sea el origen del error de Condamine me parece tanto más probable cuando que Hoff [Gesch. II. 497] habla de un temblor fuerte en la tierra de los Quijos al pie oriental del Antisana "al mismo tiempo, que Pizarro en el año de 1538 desde Quito pasaba la Cordillera oriental," citando por fuente la Hist. gén. des Voy. t. 19, pág. 103. Velasco con su seguridad acostumbrada afirma que el Pichincha hizo su primera erupción en 1539, y sin embargo es falso; supuesto que el terremoto mencionado sucedió dos años después, y no tenemos razón alguna para atribuirle á volcán alguno. El primero que parece haber dado ocasión á este error, fué Rodríguez, al que Velasco sigue muchas veces y ojalá con mayor fidelidad! [Rodr. Marañón pág. 5]. En su "Índice cronológico" dice aquel autor únicamente que "sintió Pizarro la reventazón de un volcán y se juzga fué el de Pichincha." Velasco hizo de esta conjetura un hecho cierto, y fiados en su autoridad han caído varios escritores modernos en el mismo error.—Tenemos pues que según los varios autores la primera erupción del Pichincha se verificó en los años 1533, 1534, 1535, 1538 y 1539. En cuál de ellos se verificaría en realidad? Yo creo que en ninguno. Como ya hemos advertido, parece muy sospechoso el que ninguno de los historiadores primitivos hable de una erupción del Pichincha en los primeros años después de la conquista. Tampoco en el archivo de Quito [libro del Cabildo] que contiene los demás sucesos de esta primera época y que felizmente ha llegado hasta nosotros, he encontrado el menor indicio de un suceso de tanta monta. No es probable que una sorpresa tan memorable, como hubiera ocasionado el Pichincha á la ciudad recién fundada, hubiera sido llamada por los cronistas antiguos y por el libro de Cabildo, que hace mención de cosas de mucho menor importancia. Además en este mismo libro se llama repetidas veces en otros lugares, *la primera* una erupción muy posterior. Cuanto más comparo y dilucido este hecho, tanto más confuso le encuentro, así que después de un largo estudio, he llegado á persuadirme que una erupción del Pichincha durante los primeros 10 años después de la Conquista de Quito, es más que

dudosa, y estoy convencido de que todas las noticias que existen de ellos, estriban solamente en una conjetura mal fundada, que se hizo cien ó más años después. Yo pongo la primera erupción de este volcán en el año de 1566, (véase este año en su lugar respectivo).

(Continuará).



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL